



Eucaristía del Curso de Laicos

27 Febrero de 2016. Colegio Inmaculada – Jesuitas. Alicante

Tiene un gran valor y ha sido para mí una alegría, el que precisamente, en esta Eucaristía del Curso de Laicos que estamos viviendo en plena Cuaresma del Año de la Misericordia, que precisamente nos haya correspondido en suerte, que la liturgia de hoy de la Iglesia, nos ofrezca, como un regalo poder escuchar, acoger, meditar, hacer nuestra esta parábola del Hijo Pródigo; posiblemente la parábola más emblemática, entrañable, que tiene más que decirnos, que brilla de una forma especial, en este Año Jubilar de la Misericordia.

En efecto, es el texto que la Diócesis ha ofrecido, y que están viviendo cientos de grupos en toda la geografía diocesana, como *lectio divina*, como corazón de este año. Digamos, ante todos los que estáis aquí, que hemos escuchado y leído cientos de veces estas palabras de San Lucas; destaquemos algunos apuntes, porque es una parábola escrita por Lucas, contada por el Señor, también para nosotros. En la introducción, en el texto, lo que comienza Lucas es apuntando quienes son los destinatarios de las palabras de Jesús. El presenta el escenario sobre todo de dos grupos diversos: por una parte los publicanos, los pecadores, que dirá que se acercan al Señor; y por otra parte dice que están los escribas y fariseos, que se dedican a lo suyo, a murmurar. La parábola, Jesús la cuenta, no para un grupo, sino para todos. Revela el rostro del Padre a todos.

El Hijo Menor decide acerca de su vida, se organiza desde sus planes, sus sueños. Coge la parte de la herencia, la propia vida; se pierde asimismo, pierde su propia dignidad como persona. La escena de estar comiendo con los cerdos, en aquella cultura, lo dice todo; y nos destaca el texto, que la persona por mal que este esté, hasta que no se descubre, hasta que no se le cae la venda de los ojos, hasta que no se experimenta en lugar incómodo, no es capaz de replantearse las cosas o como hace el Hijo Menor, recapacitar, plantearse en la vida un giro, levantarse y ponerse en camino.

Es emocionante ver que el Padre está esperando, y que acorta ese camino porque corre al encuentro, y lo que hace es sencillamente revestirlo de la dignidad perdida. Es impresionante pararse, palabra a palabra, a analizar la escena cuando aparece el Hijo Mayor, el hijo que cumple, que físicamente está cerca del Padre continuamente, pero que no he entendido nada, no conoce al Padre aunque esté con Él, no ha comprendido para nada el amor que llena a su Padre. Es impresionante ver como también el Padre sale al encuentro de este; que tiene una reacción de una humildad entrañable, ante un corazón sencillamente mezquino y le manifiesta el Padre su humildad. Esa frase es única: “Hijo todo lo mío es tuyo”. Una frase que casi resuena a lo que nosotros el Viernes Santo, ese mismo Dios que es el Padre, le dirá a su pueblo: Que te he hecho, qué más puedo hacer por ti. Todo lo mío es tuyo.

Yo destacaría que todos podemos vernos reflejados en un hijo, o en otro. Que el Padre nos espera siempre. Que como dijo el papa Francisco, en unas de las primeras Misas en la iglesia



de Santa Ana, en los primeros días de su pontificado: Dios no se cansa de esperar, de perdonar; somos nosotros los que nos cansamos. Yo destacaría la esperanza de Dios, que nace precisamente de un amor que en Él es más fuerte que nuestro desamor. Una esperanza, una confianza de Dios en el ser humano impresionante. La misma historia, en este tiempo de Cuaresma que repasamos, el Éxodo, la relaciones con Israel,... Dios tiene un aguante, una paciencia, una capacidad de confiar, a pesar de los desengaños, de tantas decepciones, de la dureza del corazón. Dios espera en nosotros, es más fiel que nuestras infidelidades, es más fuerte su amor que nuestra dureza, que nuestra ceguera, que nuestra miseria mental. Dios espera, aguarda el consentimiento siempre de su criatura.

Hay una página que leemos en el Oficio de Lectura de Adviento, de un célebre sermón de San Bernardo, donde habla respecto a la respuesta de María, en la Anunciación, donde San Bernardo dice que toda la creación, todos estamos esperando tu consentimiento, tu sí, el de María. Es que Dios está esperando, confiando, aguardando el consentimiento de su criatura, de cada uno de nosotros. Nunca avasalla, nunca fuerza, nunca impone, siempre espera con amor. Ese es Dios, ese es el Padre, del que nos ha hablado Jesús. Destaco por tanto esa esperanza de Dios y su humildad. En la parábola se ve claramente que para Él autoridad y divinidad no es marcar distancias, es querer acercarse, abrazar, dar dignidad, levantar lo que está caído, resucitar lo que está muerto; y siempre con esas palabras que conmueven de pura y simple humildad, de un Padre que ante dos hijos que casi tiene para echar a correr y tirar la toalla, reacciona como acabamos de escuchar.

Os animo a experimentar su misericordia, especialmente en estos días de Cuaresma y en esa semana de gracia, la Semana Santa, en la que tenemos la oportunidad de volver a vivir esas palabras del Evangelio de Juan: Tanto amó Dios al mundo, que nos entregó a su Hijo. La máxima manifestación de la misericordia de Dios, de su amor, de su calidad de Padre.

El Papa nos invita a que esta Cuaresma, sea una Cuaresma especial. En su mensaje destaca tres cosas. Acercarnos a Dios, la Palabra, y mucho está repitiendo también, en estos últimos meses, el sacramento de la penitencia como sacramento especialísimo de este Año de la Misericordia. El Sacramento de la misericordia, la confesión. Y luego el papa dirá que quien se acerca a la misericordia de Dios, al Señor, el cambia nuestro corazón, y hace que de ese corazón cambiado nazca el ser signos de su amor y su misericordia, ser, como dice el lema de este año: Misericordiosos como el Padre. Ponernos, comprometernos a tope en las obras de misericordia corporales y espirituales.

Sin duda la experiencia de su amor, del encuentro con Él, es la base siempre de cualquier evangelización. En ese folleto que la Delegación de Laicos habéis publicado para este día, habéis colocado, a la derecha, dos textos del Papa Francisco, de *Evangelii Gaudium*. En el de bajo nos recordais ese número donde el Papa nos pide y nos dice que es urgente una iglesia que se convierta, una Iglesia misionera, una conversión pastoral que el Papa pide para ser una Iglesia en salida, evangelizadora.

Pues bien, la base está en el texto de arriba que habéis puesto; es el comienzo de la misma realidad del texto de la *Evangelii Gaudium*. Cuando el Papa comienza diciendo que la persona



que se encuentra con Jesús su vida cambia, se llena de alegría, esa persona queda liberada de tantas cosas que le pesan, que le atan. El encuentro es la base de la misión. Quien ha encontrado a Jesús, no es que le toca ser misionero, es que no puede dejar de ser misionero, como en las parábolas de la mujer que encuentra la moneda perdida o del hombre que encuentra el tesoro. Quien encuentra al Señor, ya no deja de ser otra cosa que testigo, alguien que comparte, que necesita contar, que necesita comunicar la alegría que lleva dentro, el gozo del Evangelio que acaba de ser su descubrimiento. Por eso, queridos hermanos, yo sigo animando a esa nueva evangelización de la que vais hablar, de la que siempre estamos pensando, queriendo, porque es el tiempo de Iglesia, que gracias a Dios, nos ha tocado. Convertirnos, cambiar esta Iglesia, de una iglesia quizás acomodada, conformada, resignada,... a ser una Iglesia que sale, de puertas abiertas, misericordiosa como el Padre, que se dedica a compartir el tesoro de su amor.

Pidamos al Señor que, efectivamente recordando Pentecostés, recordando esos días Pascuales que son días de encuentro con Jesús, en los que Jesús envía a los suyos, nosotros recordemos siempre que encontrar al Señor es el inicio de comunicar y de testificar al Señor. El inicio de la evangelización es el encuentro con el Señor; el descubrimiento de su misericordia, para ser nosotros testigos, apóstoles de su amor, testigos y apóstoles de su misericordia. Así sea.

✠ Jesús Murgui Soriano
Obispo de Orihuela-Alicante